



Paz y Bien



XIX Domingo durante el año.
7-VIII-2005

Textos:

I Rey: 19, 9. 11-13ª.

Rom.: 9, 1-15.

Mt.: 14, 22-33.

“Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” (Mt. 14, 32).

Durante los domingos de este mes de agosto, podremos meditar, con la lectura del evangelio de Mateo que venimos leyendo, el tema de la Fe, que fue y siempre será un desafío, y que estará puesta a prueba hasta el fin de los tiempos.

Hoy el evangelio nos relata la escena de Jesús caminando sobre las aguas del mar de galilea, en medio de la noche y de la tormenta. Comienza con una oración “a solas en el monte” y termina con un auténtico acto de fe y de adoración a Jesús por parte de los discípulos, “Se postraron ante él diciendo: Realmente eres el hijo de Dios”.

El impulsivo Pedro está en el centro de esta escena, en la que la fe es probada y puesta en evidencia su fragilidad.

En tanto que San Pedro tiene fija su mirada en la de Jesús, en tanto su fe está íntimamente adherida a la voluntad del Señor, el agua le sostiene. “Pero la energía de su confianza disminuye en un momento dado, emerge su conciencia humana y siente el vaivén de las olas. He aquí el momento de la prueba. Pero, en lugar de fijar más profundamente su mirada en la de Jesús, se desliga de Él. Pedro se hunde y la fe “que vence al mundo” se convierte en el grito desesperado: “Señor, sálvame”, Jesús le dice: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”.

“Este pasaje encierra una de las revelaciones más importantes sobre la naturaleza de la fe” (Guardini, “El Señor”).

Hermanos, no vivamos de ilusiones ni de puros sentimientos, nuestra fe, hoy, no puede ser ingenua, “la fe del carbonero”, ella es sometida a un permanente examen crítico. Es una “fe atacada” que tiene que asegurarse una y otra vez de su fundamento. Una fe que se debe imponer constantemente contra la duda, pero también contra las impurezas que nos llevan a la superstición. Debemos también aceptar que la certeza de la fe no es la de las matemáticas pues creer significa “poder soportar la duda” (Car. Newman).

Los elementos desfavorables que tiene que soportar nuestra fe son:

1. Frente al intenso anhelo de conocimiento científico y tecnológico, que se presenta con la exigencia de ser el fundamento de todo fenómeno cultural merecedor de ser tomado en serio, esto lleva a la relativización y al escepticismo de lo que rebasa todo lo que no se puede experimentar inmediatamente. Pero como una de las tantas contradicciones de nuestra época, aparece también una curiosa y peligrosa inclinación a la superstición, a las sabidurías y esoterismos pseudo místicos. Esto último es lo más peligroso para la fe de la mayoría de nuestra gente.
2. Otro de los desafíos para la fe es la característica intranquilizadora de nuestra época del debilitamiento que está sufriendo la fortaleza y energía de la persona que se muestra cada día más frágil. Este fenómeno es alimentado por una cultura marcada por los oleajes de la moda, de la opinión, de la propaganda, por un clima sociocultural que todo lo vanaliza y hace perder altura y profundidad a la vida. Esto hace perder ó disminuir la capacidad de resistir y defender las propias convicciones, de superar la soledad, frente a la opinión de una cultura que sistemáticamente ataca nuestra fe. (cf. R. Guardini, “La Fe en nuestro tiempo”).

Por esto la fe se tornará ardua y difícil, pero el secreto de la fidelidad es no dejar de contemplar el rostro de Jesús, no desviar nuestra mirada.

El episodio del evangelio también hace referencia a la debilidad de la condición humana, en la persona de Pedro, que se evidencia cuando emprendemos el camino hacia Dios. Al caminar hacia Cristo en un clima cultural que levanta las olas de las dudas que confunden, los miedos que paralizan, sentimos frecuentemente que nos hundimos; entonces somos probados en nuestra debilidad. Recordemos aquello que Jesús le dice a San Pablo: “Mi gracia triunfa en tu debilidad”. “Mi gracia te basta, ya que mi gracia se muestre perfecta en la flaqueza”. (Cor. II 12, 9).

Querría detenerme en un bello y profundo ejemplo de como el poder de Dios triunfó sobre nuestra debilidad y que nos alienta a abrírnos a la acción de Dios que nos hace fuertes con Su fuerza.

Es el personaje de una carmelita, la hermana Blanca, que Bernanos nos presenta en “Diálogo de Carmelitas”. Es la historia de las dieciséis carmelitas que fueron ejecutadas (guillotinas) el 17 de junio de 1794, durante la Revolución Francesa.

Nuestro personaje -la hermana Blanca- “es una criatura morbosamente miedosa” (Charles Moeller, “Literatura del Siglo XX y Cristiana TI; 491).

Eran tiempos difíciles para la iglesia en Francia y una de las religiosas del Carmelo de Compiègne, aprovechando la ausencia de la priora, que se oponía a ello, la Madre María, maestra de novicias, hace que toda la Comunidad pronuncie el voto de martirio. La hermana Blanca de la Force lo pronuncia también, pero en el momento de entrar las hordas revolucionarias en el convento huye y vuelve a su casa. Será, sin embargo, “la última en el cadalso”; cuando se está ejecutando a las carmelitas, Blanca se presenta espontáneamente, dando fin al himno del “Veni Creator”, que había quedado suspendido en el último versículo con la muerte de la última hermana.

La Madre María, al estar ausente del Carmelo en el momento del arresto, no será ejecutada, no morirá por Cristo, “no sufrirá ese martirio que su viejo honor de francesa y de cristiana le hacían desear apasionadamente. Su puesto es ocupado por la hermana Blanca, la que siempre tuvo miedo a la agonía. (Charles Moeller, op. cit., 492).

En la historia de Blanca, se registra con evidencia las palabras de Jesús a Pablo: “Mi gracia se muestra perfecta en la flaqueza” y paradójicamente “Es en las manos de la más débil, quizás de la más miserable, donde Dios pone el estandarte del Carmelo” (Bernanos, “Diálogo...”).

De esta manera Dios se glorifica en “sus héroes, sus santos y sus mártires, pero se glorifica también en sus pobres”. (Bernanos, op. cit.).

Pedro también es probado en su debilidad y sobre ella Jesucristo edifica su Iglesia y la fe de los cristianos que debe ser confirmada por Pedro, para que entendamos que “el verdadero poder nunca se muestra mejor que en el humilde gesto en que se empequeñece” (Char. Moeller op. cit.)

En la Encarnación la riqueza se hizo pobreza para que la pobreza se tornara riqueza y Dios se hizo hombre para que el hombre se convirtiera en Dios.

Por último el magisterio de Santa Teresita, tan probada en la fe, no ayuda a vivir nuestra fe con fidelidad en un mundo tristemente soberbio. A ella le era suficiente la fe pues sabe que aquí abajo es el tiempo de la prueba, el momento de creer sin ver. Esta santidad es la más verdadera y segura, ya que “el justo vive de la fe”.

Teresita convencida del gran don de la fe, afirmaba exclamando: “En verdad ¡qué gracia es tener fe! Si yo no la hubiera tenido me habría quitado la vida sin dudar un instante”. Nuevamente el poder de la gracia triunfa en la debilidad de la criatura.

Por último, nosotros que tenemos la gracia de creer, también tenemos la responsabilidad de transmitirla a los que caminan junto a nosotros, sin esta gracia o portando una fe débil. Esta conciencia lleva a San Pablo a lamentar, en la segunda lectura, que Israel no haya mantenido la fe de Elías hasta el final, hasta la encarnación del Hijo de Dios.

Somos responsables de la salvación de nuestros hermanos. “Cada uno tiene la preocupación de la salvación de sus hermanos; ningún cristiano puede contentarse de preocuparse por sí mismo, de atender la propia salvación; aquél que descuida la salvación del prójimo, falta a la caridad, y por eso peca contra Cristo y destruye su obra” (S. Juan Crisóstomo).

Hermanos, no busquemos a Dios en los grandes acontecimientos, no reduzcamos la vida de nuestra fe a los grandes eventos; Dios se manifiesta en la brisa suave que deja el hermano que pasa junto a nosotros con sus fragilidades y dolores.

Que el buen Dios nos ayude y nos dé el santo temor que tenía San Agustín, por el que afirmaba: "Temo a Dios que pasa" ¡Temo que Dios esté junto a mí y no me dé cuenta!

Pidamos al Señor la gracia de tener los ojos abiertos, despierto el oído, el alma dispuesta y pronta a escuchar la voz del Señor y tomarnos de su mano como Pedro, para caminar sostenidos por la certeza de la fe.

Amén.

G. in D.

